

EXPERIENCIA Y METAFISICA

1. *Necesidad de la experiencia.*—La intuición constituye el punto de partida necesario de toda auténtica Filosofía y, por ende, de toda Metafísica. En efecto, por su misma noción, es el único tipo de conocimiento que aprehende de un modo directo e inmediato la realidad concreta, cuya esencia y causas supremas intenta descubrir la Filosofía. Sólo con la seguridad de la posesión inmediata de la realidad, la Filosofía puede emprender su obra específica de penetración y esclarecimiento de la esencia y de sus causas. Esta aprehensión intuitiva de la realidad existente en sí, sin intermediario alguno, es, pues, la garantía necesaria para todo ulterior desarrollo gnoseológico realista y la base consiguiente para toda ulterior investigación metafísica sobre el ser.

Ahora bien, el hombre no posee otra intuición más que la de la experiencia sensitiva exterior e interior (1). Los intermediarios entre la realidad y los sentidos no van más allá del plano físico o fisiológico y desaparecen totalmente en el psicológico. Nada de especies o imágenes sucedáneas del objeto. La sensación, psicológicamente considerada, consiste en la pura y directa aprehensión intencional o consciente de la realidad exterior del mundo circundante y de la propia interior, tal como ella existe en sí misma.

Una reflexión sobre tal conocimiento empírico nos revela la

(1) Se podría decir que la intuición o experiencia se extiende hasta la conciencia concomitante a todo acto de inteligencia, por el que ésta, aprehendiendo el objeto, se aprehende a sí misma y al sujeto consciente inmediata, bien que indirectamente. La conciencia refleja o expresa, que toma al propio acto y sujeto como objeto, no parece constituir propiamente una intuición. En todo caso, de concederse el carácter intuitivo a esta aprehensión espiritual, ella únicamente revelaría la *existencia* de la propia actividad y del sujeto y de un modo confuso, pero no su naturaleza íntima o *esencia*, a la que se llega por un largo proceso abstractivo y discursivo, que constituye precisamente la psicología racional o filosófica.

existencia de un sujeto aprehendente y de un realidad trascendente a él (de un *objectum*) y por él directa o inmediatamente aprehendido.

El hecho de que no aprehenda formalmente el ser o *esencia* en cuanto tal, y consiguientemente, como algo distinto del propio acto, es decir, como *objeto* (cfr. n. 2), no quiere decir que la intuición de los sentidos exteriores e interiores no aprehenda en verdad el *ser* y que su acto cognoscitivo no termine en la realidad misma existente y que no implique el ser del sujeto cognoscente. Aprehende, sí, la realidad objetiva desde sus determinaciones accidentales concretas o fenoménicas, pero tal aprehensión no se detiene en los puros fenómenos o apariencias de la realidad en nosotros, destituídas de la realidad misma trascendente inviscerada en ellas.

Sin esta penetración intuitiva de los sentidos en la realidad existente del mundo y del propio yo, no habría acceso posible para el hombre a la realidad trascendente, ya que la inteligencia humana que no aprehende el ser sino por abstracción a partir de la experiencia exterior e interior, según diremos en seguida, carecería de todo contacto inmediato con la realidad y quedaría encerrada en su inmanencia.

Por eso, el idealismo trascendental estaba ya decidido en el planteo mismo del problema crítico, cuando Kant se proponía como punto de partida de su análisis un conocimiento de un objeto tal cual está en nuestra conciencia, en oposición a tal cual es en sí en la realidad. O en otros términos, el idealismo estaba postulado por Kant en la deformación de la intuición empírica, que sólo aprehende fenómenos o apariencias tales cuales se dan en el sujeto y no la cosa misma concreta desde sus determinaciones fenoménicas. En vano la inteligencia podrá ya buscar el ser en el dato empírico del que previamente se lo ha despojado; y sus ulteriores pasos no podrán explicarse ya por una penetración cada vez más profunda en la riqueza óptica del objeto trascendente, sino al revés por una elaboración de las propias categorías o formas del sujeto cognoscente, a la manera kantiana. Y desde entonces toda Metafísica es imposible.

2. *Insuficiencia de la experiencia.*—Necesaria como es, la experiencia no es, sin embargo, *suficiente* para establecer el cono-

cimiento metafísico o conocimiento del ser trascendente aprehendido como tal.

La experiencia aprehende el ser existente concreto de las cosas que nos rodean y el propio ser interior del sujeto cognoscente; pero lo aprehende *ciegamente*, sin descubrirlo como tal. El ser está inmediatamente *dado, aprehendido* en su acto, pero no *visto* por él: presente el ser en la intuición empírica, no se le manifiesta a ésta formalmente como ser. En efecto, los sentidos aprehenden la realidad existente de un modo concreto y desde sus determinaciones accidentales exteriores: perciben “esto coloreado”, “esto sonoro”, etc., y como algo *uno*, sin lograr distinguir entre “esto” y “sonoro”, entre la esencia o substancia y sus determinaciones accidentales. En rigor, *formalmente* los sentidos no perciben ni la substancia ni siquiera los accidentes; sino una unidad concreta de ambos desde su aspecto accidental —no el color, sino “esto rojo”, etc., que incluye la substancia.

En una palabra, la experiencia sensible aprehende en un solo acto la realidad existente concreta circundante y la propia: el ser o esencia de las cosas materiales junto y desde sus modificaciones accidentales —por eso es *necesario*— pero sin distinguir las ni aprehenderlas como ser o esencia substancial o accidental —por eso es *insuficiente*.

Y porque el ser real no se devela a la experiencia en su entraña ontológica, en su esencia, tampoco es captada por ella como *objeto* y *sujeto* formalmente tales. La realidad como *objeto* sólo es captable cuando se la aprehende como distinta de la propia —de la del *sujeto* que, por eso, se devela correlativamente con la de aquél—; pero tal distanciamiento o distinción formal de la realidad exterior e interior, de *objeto* y *sujeto*, respectivamente, sólo es aprehensible cuando la realidad es penetrada y descifrada como *ser*, desde su *esencia*.

Por esa misma razón, *no es posible una Metafísica empírica: la experiencia aprehende pero no ve el ser.*

Profundizando metafísicamente en este modo con que la realidad material concreta —externa e interna— se entrega a la experiencia con su ser o esencia *escondida*, y en la *ceguera* de la experiencia para descubrirlo en su misma presencia con que se le ofrece, encontraríamos la causa de este ocultamiento del objeto dado —y correlativamente también del sujeto a él opuesto— en la *ma-*

teria, que con su potencia impide a la vez la *visibilidad en acto* del ser y la *visión en acto* del mismo por parte del sujeto (1).

3. *Necesidad de la inteligencia*.—Si, por una parte, el único medio de captación inmediata del ser real existente es la intuición empírica interior y exterior; pero si por otra, ella no puede descubrir el ser o esencia del objeto aprehendido ni del propio sujeto, a causa de su materialidad y la de la realidad aprehendida, no queda otro camino para penetrar y descubrir el ser —que *formalmente* es siempre inmaterial e imperceptible, por eso, por los sentidos— sino el de una actividad enteramente inmaterial y espiritual, que despoje a la realidad concreta, aprehendida por la experiencia, de sus notas materiales, de su potencia, y de este modo la constituya *ipso facto* inteligible o aprehensible en acto en cuanto ser.

Esta actividad es precisamente la de la inteligencia humana. La exigencia, *a priori*, de una facultad espiritual para aprehender el ser, está confirmada *a posteriori* por el hecho de su presencia en nosotros: tenemos conciencia de poseer, a más de la intuición empírica externa e interna, otro conocimiento superior que penetra y aprehende el ser o esencia de la realidad empírica y ciegamente intuída.

Un análisis cuidadoso acerca del modo cómo con nuestra actividad intelectual aprehendemos el ser, nos descubrirá que es por la *abstracción*. Dejando de lado las notas materiales —eso significa abstracción— de la realidad concreta, inmediatamente presente en el hombre por la experiencia, la inteligencia *ipso facto* hace inteligible en acto el ser, descubre y descifra el ser de esa realidad: no se detiene ya en la sola aprehensión la realidad, como la experiencia, sino que penetra hasta *lo que* la realidad es, hasta aquello *por lo que* la realidad es lo que realmente es, hasta su *esencia*: tal *realidad* y no otra, al menos por sus notas más genéricas.

La aprehensión del ser o esencia de la realidad exterior e interior lleva aparejada consigo la aprehensión del *objeto* o ser distinto del propio *como tal* y, correlativamente, la de la realidad propia como distinta del objeto, como *sujeto*. Con lo cual queda planteado el problema metafísico en su faz ontológica: *qué es el ser*, y en su faz gnoseológica o crítica: *cuál es el valor de nuestro conocimiento del ser*.

(1) Cfr. mis obras *La doctrina de la Inteligencia de Aristóteles a Santo Tomás*, c. III; y *La Persona, su esencia, su vida y su mundo*, c. II.

El problema metafísico se plantea y resuelve, pues, en el plano no de la experiencia sino de la inteligencia y de la inteligencia abstractiva.

4. *Esencial referencia de la inteligencia a la experiencia.*— El trabajo de la inteligencia consiste en ir enriqueciendo y cerrando cada vez más el concepto del ser o esencia de la realidad desde las notas más genéricas con que inicialmente lo aprehende —*ser, substancia, materia, etc.*—, hasta las notas más propias o específicas de la misma —*viviente, sensitivo, racional, etc.*

En cuanto a las *notas individuantes* de esta determinada realidad existente la inteligencia no las aprehende directamente. Más aún, como ella no es intuitiva, ya que no puede llegar a su objeto, el ser o *esencia* de la realidad, sino a través de la experiencia, y como, por otra parte, la realidad aprehendida por la experiencia sensible sólo puede ser *material*, como el sujeto que la aprehende. y puesto que la *materia* es precisamente la *potencia* o *no ser* real que limita e *individualiza* a la esencia e impide su inteligibilidad en acto, síguese que para aprehender el ser en acto, la inteligencia *debe* abstraer la esencia de sus notas materiales o potenciales, lo que equivale a aprehenderlas despojadas de sus notas individuantes, es decir, de una manera *universal*.

Ahora bien, como lo existente siempre es individual —lo universal formalmente tan sólo puede existir en la inteligencia— síguese que el concepto con que la inteligencia aprehende la esencia, directamente prescinde también de la existencia. La inteligencia humana no puede llegar a la captación del ser real sino desde su *esencia* abstraída de sus notas *individuantes existenciales*.

La penetración —la *intus-lectio*— y el *des-cubrimiento* del ser de la realidad existente concreta, dada en la experiencia, no es logro por la inteligencia sino desde la esencia y a costa de la pérdida de las notas *individuantes existenciales*, mediante el empobrecimiento de la misma. Es preciso dejarlas de lado para que la esencia se *desmaterialice* y de este modo se haga *visible* en acto a los ojos de la inteligencia inmaterial o espiritual.

Sin embargo, conviene notar que la esencia no tiene sentido sino por una referencia a la existencia, referencia que no es un *accidente* sobreañadido a la esencia, sino que identificada con ella misma: referencia o relación esencial o trascendental, que dicen los escolásticos. Aun abstraída del ejercicio actual de la existencia,

la esencia ni siquiera se concibe sino en cuanto es capaz de ser actuada por ella, puesto que, en definitiva, no es sino un determinado *modo de existir* en acto o en potencia.

En este sentido, la existencia señala el punto culminante del objeto de la Metafísica; pues, si es verdad que esta versa directamente sobre la *esencia* o estructura íntima del ser, también es verdad que el ser no es realmente —en acto o en potencia— sino por la *existencia*. La esencia no se concibe sino por referencia necesaria a la existencia, como determinada participación de ésta, y no llega a ser real sino por la actuación de la existencia. No hay, pues. Metafísica de la sola esencia, sino del *ser*, vale decir, de la *esencia existente en acto o en potencia*, bien que directamente captada por la inteligencia desde su *esencia*.

Si bien es verdad que la Metafísica, como estudio del ser en cuanto ser, únicamente puede constituirse mediante la actividad intelectual, sin embargo conviene no olvidar que no puede establecerse con la sola inteligencia con prescindencia de la experiencia: no sólo porque en su *origen* los conceptos dependan de la experiencia, sino porque el objeto mismo de la experiencia y de la Metafísica, el ser o esencia, no se puede mantener sino por una constante presencia de la existencia, como término necesario de su esencial relación a él y, consiguientemente, sin una permanente connotación a la experiencia, en la cual tan sólo es originariamente dada la existencia.

Pero así como la inteligencia para *descubrir* el ser necesita prescindir de sus notas individuantes existentes dadas en la experiencia (*abstracción*) y aprehenderlo, por ende, desde su esencia, así también para aprehender todo el alcance real de ésta, como *modo de existir* que es, necesita reintegrarla en el ser existente de donde fué tomada, mediante el *juicio*. Por eso y en rigor, el hombre recién conoce en el juicio, porque recién en él descubre lo que la realidad es, esclareciéndola en su ser concreto desde su esencia constitutiva, reintegrada a ella. Y por eso también todo juicio se resuelve inmediata o mediatamente en un juicio de existencia, en un juicio de sujeto real y concreto.

El juicio, al reintegrar la esencia en la existencia —actual o posible— reintegra, por eso mismo, inmediata o mediatamente la inteligencia en la experiencia.

El conocimiento humano reclama, pues. el concurso de la inte-

ligencia y la experiencia, y aun el conocimiento metafísico, cuyo objeto es el *ser en cuanto ser* o el *ser negativa o positivamente inmaterial*, si bien formalmente se establece en el plano de la inteligencia, reclama continuamente el concurso de la experiencia, no sólo por su modo humano de conocer sino también en razón de su objeto, que se apoya constante, bien que indirectamente, en la intuición empírica.

Desde su objeto, el ser en cuanto ser, o ser inmaterial, la Metafísica abarca todo el ámbito del ser, incluso de los seres positivamente inmateriales o espirituales, como Dios. Pero la existencia de los seres puramente espirituales, como la de Dios, no dada directamente a nuestra experiencia, sólo se nos hace accesible por la existencia de los seres materiales, directa e inmediatamente aprehendida en nuestra experiencia, existencia que no tiene razón de ser sin la Existencia a se o divina. Y es así como por la inteligencia llegamos a demostrar la existencia de Dios: no existirían los seres finitos y contingentes, cuya existencia intuitivamente es aprehendida por nuestra experiencia y, a través de ella, develada por nuestra inteligencia, si no existiese el Ser cuya Esencia es su misma Existencia: la pura e infinita Existencia.

Por esta misma razón, no podemos conocer por Metafísica y, en general, por razón filosófica la existencia de los puros espíritus finitos —los ángeles, de cuya existencia nos asegura la Revelación cristiana—, porque no son necesarios para explicar la existencia de los seres inmediatamente dados en nuestra experiencia.

Nuestra aprehensión de la existencia llega hasta donde llega nuestra intuición empírica o las exigencias esenciales —como tales aprehendidas por nuestra inteligencia— de esa existencia dada en nuestra experiencia.

El conocimiento intelectual del ser o esencia inmaterial, en que formalmente se ubica la Metafísica, tanto de los seres materiales como espirituales, exige siempre, pues, bien que indirectamente, la experiencia, porque la existencia, sin la cual no tiene sentido la esencia, sólo se nos da directamente en la experiencia, o desde ella, en cuanto exigida por la existencia de los seres empíricos.

5. *Conclusión: imposibilidad de una Metafísica empírica.*— La Metafísica, pues, es un conocimiento espiritual, pertenece *esencialmente* a la inteligencia abstractiva, bien que reclame el con-

curso constante, pero sólo *indirecto*, de la experiencia, como apoyo necesario de toda la actividad intelectual humana y más, si cabe, en razón de la existencia implicada en su objeto.

Una Metafísica empírica no es posible a un *espíritu encarnado*, al *hombre*, que no posee otro acceso intuitivo al ser real más que el material de los sentidos. Porque si el objeto de la Metafísica es el *ser en cuanto ser*, el *ser inmaterial* —“no sólo los seres que nunca pueden existir en la materia, como Dios y las substancias intelectuales, sino también los seres que pueden existir sin materia, como el ente común” (S. Thom. *Proem. In Met Arist.*)— tal objeto formalmente no puede ser aprehendido por una intuición empírica material, como es la de los sentidos. El acceso a él está reservado al espíritu. Pero si este espíritu está unido a la materia y en dependencia de la intuición sensible material en el ejercicio de su vida específica, en cuanto a su objeto, síguese que no podrá encontrar inmediata y directamente el ser sino en las cosas materiales y que para aprehenderlo y captarlo desde su esencia inmaterial, necesitará de la abstracción. Por lo demás, la experiencia confirma con mil hechos esta dependencia constante de la vida espiritual respecto a la material de los sentidos. Ahora bien, semejante dependencia causal sólo puede referirse a la consecución del objeto de la inteligencia y en modo alguno al acto mismo de la intelección, cuyo objeto formal, con sus caracteres de universalidad, inmaterialidad e intemporalidad, trasciende enteramente el mundo corpóreo y pone en evidencia la índole espiritual de aquél, es decir, su entera independencia intrínseca de la materia.

Una Metafísica intuitiva —tal como la ha intentado Bergson, por ejemplo—, está descartada de las posibilidades del espíritu humano, obligado a alcanzar su objeto inmaterial en las cosas materiales por su inteligencia; la cual, por otra parte, en el ejercicio de su vida propia, depende esencialmente, en razón de su objeto, de la intuición sensible. Y como en un orden puramente natural la aprehensión del ser formalmente tal es imposible por otra vía que no sea la cognoscitiva, conclúyese que la Metafísica, si bien necesita apoyarse constante e indirectamente en la experiencia, sólo se realiza y es posible por vía abstractiva en un plano puramente espiritual de la *inteligencia* y, por eso mismo, desde la *esencia*. Los intentos de una intuición espiritual de tipo alógico o irracional, a la manera de Bergson, están desprovistos de todo funda-

mento sólido. Denuncian, eso sí, la insatisfacción con que el conocimiento metafísico conceptual de la inteligencia deja al espíritu y el anhelo de éste por lograr una aprehensión espiritual intuitiva saciante de la realidad.

Por la misma razón, no alcanzan su objeto los intentos del existencialismo por lograr una aprehensión inmediata e intuitiva de la existencia. El hombre carece de una intuición espiritual del ser concreto, cual sería necesaria para tal empresa. Las ontologías existenciales, una de dos: o se quedan *de jure* en un plano realmente empírico, y entonces se quedan en la única experiencia que posee el hombre: la materia sensible, y tal experiencia no es espiritual ni llega a *develar* el misterio ontológico y *ver* el ser formalmente tal y se quedan entonces en los fenómenos o manifestaciones empíricas, que confunden y toman en lugar del ser existente mismo —cosa que parece hacer el existencialismo al quedarse en las “notas existenciales” sin esencias, no sin echar mano a la vez y subrepticamente de la inteligencia para expresarlas, sin la cual no habría objeto ni problema ni solución filosófica—; o bien pretenden apropiarse —como quiere v. gr., G. Marcel— de una intuición espiritual de tipo irracional o no intelectual, que al hombre realmente no tiene. Porque estas llamadas intuiciones o son las aprehensiones más inmediatas de nuestras propias afecciones espirituales —que son, sin embargo, de tipo intelectual— o son pretendidas intuiciones superiores a la inteligencia, y de ellas realmente no tenemos conciencia.

En cuanto a la llamada experiencia o aprehensión preintelectiva de Dios en nuestra propia existencia finita, abierta, comunicada y realizada con otras—tal como lo quieren Blondel, Zubiri y Marcel—, si bien es verdad que nuestra existencia concreta posee tales caracteres, debemos añadir que ellos no nos son revelados inmediatamente en y por la existencia misma, sino en la existencia por nuestra visión intelectual.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI

Director del Instituto de Filosofía y Catedrático en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional y en el Seminario Metropolitano Mayor de La Plata y Director de la Revista “Sapientia”